

La primera vez que escribí sobre Henri Charrière, o mejor dicho, sobre "Papillon", la vertiginosa y apasionante lectura fincó el ánimo en la liberación espiritual de su autor. Sabíamos de antemano que "Papillon" —el libro— había sobrepasado la cifra de un millón de ejemplares en las prensas francesas. Sabíamos, asimismo, que editores ingleses, italianos, norteamericanos, griegos y españoles andaban tras la firma de Charrière para que les autorizara el tiraje de la obra en sus respectivas lenguas. Sabíamos, también, que la voraz propaganda cinematográfica (la Caja de Pandora de Hollywood) se apresuraba a discutir las cifras astronómicas de la obra para reproducirla en la peripecia filmica. Y sabíamos, ya con la flor del escepticismo —de la duda— en la solapa del traje a que nos ha venido acostumbrando nuestra sociedad de consumo, que esa liberación espiritual de Henri Charrière, que nosotros descubríamos en la primera y vertiginosa lectura, se vería algo así como sometida a nuevas pruebas de fuego: "Papillon" liberado tendría que aprender a vivir dentro del escritor millonario Henri Charrière.

Lo cierto es que el libro de Charrière nos ofrece, desde sus primeras páginas, el relato, en primera persona, de la apasionante aventura de un hombre en busca de su libertad. Pero la libertad Papillon (mariposa en francés) no es solamente dejar las cadenas, respirar el aire de la calle, conversar con otras personas, ambular, pasear, distraerse; la libertad que ansía este hombre es su liberación personal: dejar atrás la vida azarosa de una bohemia dintornada de vicios, acechada de robos y crímenes, para entrar en el disfrute del sosiego, de la madurez, del equilibrio. Y quizá sin proponérselo, y quizá guiado de la mano, entre castigos y satisfacciones, por el destino misterioso e inexorable, Papillon logra y obtiene su liberación. Al escribir este libro, vertiginoso de lectura, apasionante de contenido humano, en donde hay tanto de peripecia marina —al estilo de Salgari— como de fantasía mosqueteril —a se-

Riesgos de la palabra

ALREDEDOR DE "PAPILLON"

Pablo

Rojas

Guardia

(ESPECIAL PARA "SIC")

mejanza de Dumas— y en donde siempre está presente la voz inefable de un Dios que, a veces, es la ola gigante o la playa en sosiego o el azar generoso vestido de sacerdote francés o de monja colombiana o de obispo curazoleño o de coronel venezolano o de cacique guajiro, este hombre, Papillon, al escribir sus aventuras y desventuras, logra su liberación.

A medida que leemos —y hemos vuelto a leer— estas páginas llenas de encantamiento y de magia narrativa, lo que nos subyuga, lo que nos encandila, más allá de la alegre o desgraciada aventura humana, es esa fuerza misteriosa que rodea o vigila la epopeya del hombre solitario. La misma fuerza misteriosa que para el ateo. —nunca descreído Papillon— solamente puede expresarse en una palabra: Dios.

Y es tan verídica, tan eficaz, tan promisoría la presencia de esa fuerza misteriosa en la vida azarienta de Papillon, que aun en la hora de la aparente derrota y en el momento del decaimiento y de la depresión, la blasfemia que sube a sus labios es como la catarsis de su sublimación o de la liberación anhelada. De otra manera no podría explicarse que este hombre —Papillon—, castigado a cadena perpetua en el infierno verde de la Guayana Francesa por un crimen que no ha cometido, logra un día escaparse para encontrar una momentánea felicidad entre bondadosos trinitarios y en la religiosa y apacible confianza de un Obispo de Curazao.

Pero todavía Papillon no ha sido preparado por el destino para disfrutar de la parte de dicha que se merece. Otra prisión de horrores y de espanto (con el agua del mar hasta las rodillas) le espera en Santa Marta (Colombia). Y otra fuga milagrosa, otra escapada, lo lleva al paraíso de los guajiros: allí no hay policías y la vida no es de toma y daca por el consumo; allí, entre guajiros, hasta el amor se le ofrece a Papillon en la donación que de sus cuerpos, de sus pertenencias y de sus vidas le hacen dos hermanas adolescentes; y ese amor lo bendicen las frutas, las flores, las perlas y las algas del Mar Caribe.

Mas Papillon no está quieto, no está tranquilo, no está sossegado. Su demonio trabaja dentro de su pasado todavía. Inquieto, abandona las tierras edénicas para ir tras otros castigos, tras otras pruebas de fuego. Ahora es la cárcel de Barranquilla con nuevos intentos de fuga, de escapada. Y luego, las Islas de la Salud, otra vez en la Guayana Francesa. Papillon va ahora a enfrentarse con la oscuridad, con la reclusión, con la incomunicación, con el silencio: es la antesala de la alienación, es el zaguán de la locura.

Hay, también, una nueva hora de luz en ese camino hacia la locura de Papillon. En un imprevisto suceso Papillon se lanza al mar para salvar a una

niña rodeada de tiburones. Logra la libertad a medias: la convivencia y el diálogo a veces aberrante con los otros reclusos. Y viene otra vez la fuga, la escapada espectacular y prodigiosa encima de una balsa improvisada sobre olas como montañas. Y la llegada a Georgetown o el retorno a la civilización. Y el ángel que se duerme. Y el demonio que vuelve. Y he aquí a Papillon dueño de un cabaret en plena selva, donde el crimen abre su garganta horripilante.

Pero el destino ya está moviendo aceleradamente sus ruedas de iluminación. Papillon se lanza al mar sobre un barquichuelo quizá en busca del paraíso guajiro abandonado; mas el mar le abre el corazón de Venezuela en el primitivo e intocado corazón de unos pescadores de Irapa. Y cuando la esperanza parece abrir sus puertas de equilibrio definitivamente, otra prueba de fuego estremece el corazón de Papillon: El Dorado, esa porción de inmundicia dentro de nuestra sociedad de consumo. Y Papillon acepta y vive El Dorado con la misma virilidad, con la misma hombría —quizá con la misma sabiduría— con que soportó y vivió Cayena, Santa Marta, Barranquilla, San José, las Islas de la Salud. Y posteriormente Venezuela, a la que Henri Charrière dedica su libro, lo acoge y lo rehabilita.

El libro "Papillon" ha despertado, como toda obra de éxito repentino, diversas y apasionadas críticas. Hay quienes han calificado a Charrière de farsante. Otros han dicho que es el mejor escritor contemporáneo en lengua francesa. Otros, que nadie ha sabido verter en lenguaje escrito —en literatura— el fluido, el aroma, el perfume, el aura del lenguaje cotidiano, del lenguaje oral, como lo ha realizado y logrado Henri Charrière.

Si cuanto nos ha dicho este escapado de Cayena en su libro —"Papillon"— es auténtico y cargado de veracidad, debemos aceptarlo como uno de los testimonios más valientes y corajudos de nuestros días. Si toda esa literatura es obra de una poderosa fantasía nutrida de otras lecturas fantásticas y apasionantes de la historia de la literatura universal, démosle la jubilosa bienvenida, puesto que estamos en presencia de un fabuloso fabulador y de un mágico prodigioso en el arte de la narración fantástica.

Ateniéndome a mis iniciales apreciaciones en la primera lectura de "Papillon", sólo puedo repetir aquí lo que ya dejé escrito en "El Nacional" el 8 de febrero de este mismo 1970: "Quizá Henri Charrière pueda comprender hoy en día —y mejor que nadie— las tremendas y circulares palabras del Eclesiastés: "El que busque su camino lo perderá; y el que lo pierda ha de hallarlo." Palabras que lo mismo sirven para el "cayenero" Papillon que para el escritor millonario Henri Charrière.